

LAS DAMAS DEL CADALSO

Pepa Penadés Girbés

Prendado el hombre de un mundo imaginario, se desentendió del natural, y trocó la realidad por quiméricas esperanzas. Parecióle la vida una laboriosa peregrinación, un pesado sueño; su cuerpo, una cárcel que estorbaba su felicidad, y la tierra, un valle de lágrimas y un destierro, que no se dignó cultivar.

Conde de Volney, *Las ruinas de Palmira*.

PRIMERA PARTE

El fabricante de pianos Tobías Schmidt, siempre eligió las mejores maderas y el mejor acero para conseguir el sonido perfecto: una música que pudiera ser interpretada tan magistralmente que lograra arrancar de los hombres el sufrimiento.

Y precisamente, no para erradicar el sufrimiento pero sí para minimizarlo, construyó también, con la mejor madera y el mejor acero, un artilugio capaz de emitir en la ejecución de los hombres un sonido seco e infalible, con una sola nota y ninguna melodía, pero igualmente perfecto.

El segundo instrumento, tan novedoso como revolucionario, cumpliría tenaz su función: evitar prolongar el dolor de los condenados a muerte. Para no someterlos ya a la tortura de una agonía lenta y no ser decapitados a hachazos, desmembrados con caballos o empalados.

Tobías Schmidt, sin embargo, jamás pasaría a la historia por otorgar su nombre al nuevo artilugio, lo haría el doctor Guillotin, una vez comprobada la eficacia y los beneficios del invento y con el afán de disminuir el número de matanzas.

Entre septiembre de 1793 y julio de 1794, unas 61.000 personas murieron con el mínimo sufrimiento gracias al humanitario invento. Aunque la sangre que se derramase por el cadalso fuese más abundante que la propiciada en el pasado por los hachazos.

De las primeras impresiones, en varios sentidos.

Por la hija de un impresor.

El día en que Gerard, mi padre, se decidió a visitar el cementerio de la Madeleine donde descansaba Olympe de Gouges, llovía. Y fue una suerte. Así sus lágrimas se mezclaron sin obstáculos con las finísimas gotas de agua que bajaban por su rostro. Limpiando su llanto, tal vez. Más aún, depurándolo. Porque hasta su mismo llanto le parecía sucio, inmerecido. Ese desahogo ni siquiera se lo había ganado. Hubiese preferido tragárselo, como un veneno. Para que pudiera quemarle las entrañas, destrozarle por dentro. Hasta el punto de poder sentirse vacío, sin peso, sin materia. Sin vida. Porque su vida ya nada valía, pues era en ese momento, y no antes, cuando hubiera sido capaz de ofrecer su vida por la de la mujer que creyó amar. Con la lluvia calándole los huesos y un frío intenso, insoportable, hiriéndole mucho más que el cuerpo, el alma, comprendió. Justo en aquel momento, en aquel instante en que la rigidez de sus músculos casi le impidió depositar unas frágiles rosas sobre aquella fosa, unas flores perladas por la lluvia, hermosas, pero frías como sus huesos. El gesto anodino de desprenderse de aquel ramo y dejarlo caer sobre aquella tierra bajo la que descansaban, arrebujados de cualquier modo, tantos cuerpos inhumados, arrancados violentamente de la vida, se le antojó una hazaña sobrehumana. Ingente y desprovista de sentido. Olympe jamás olería aquel perfume. Sus dedos nunca acariciarían aquellos pétalos sedosos. Ni siquiera podría rechazar aquella ofrenda; su voluntad mutilada, yerma, incapaz de pronunciarse más allá de la muerte, no opondría resistencia. Ningún ser humano que hubiese transitado a

aquel abismo sordo, sombrío y misterioso podría hacerlo. Ella no era diferente al resto de los mortales, ya no podía perdonarle. Y mi padre ignoraba si buscaba su perdón, imposible, o si lo que pretendía con aquel gesto tardío era tranquilizar su conciencia. El dictado tácito de una verdad tantas veces postergada y camuflada: él nunca la había querido. Solo la admiraba.

Muy cerca de él una mujer llamada Fleury, mi madre, se dirigía al mismo lugar para realizar un gesto como el suyo, llevar flores a otra víctima de *la louisette*: Madame Roland. Sus caminos se cruzarían aquel día pero ninguno de los dos repararía en el otro, cada cual vivía en aquel momento los estragos que una muerte devastadora les había dejado como legado. Sin embargo, esa mutua indiferencia un día habría de romper sus respectivos aislamientos, para convertir la admiración que sentían por aquellas víctimas en un designio.

La admiración no es benévola, aunque pueda resultar complaciente a quien admira. La admiración es retorcida y caprichosa, dibuja con mano firme bellas formas, armoniosas, envolventes, perfectas. Dejando que, imbuidos en la contemplación de su creación, la intuyamos a ésta auténtica, real y tangible cuando lo que manifiesta sólo es una quimera. Una ilusión, un espejismo, lo mismo que un paraíso soñado en medio del desierto. Aplicada al ser humano, la admiración puede provocar efectos devastadores, funestos. Somos perecederos inevitablemente, por más que podamos fascinar a otros. Mi padre hubiese querido comprenderlo mucho antes de lamentarlo. Pero no pudo, admiraba a Olympe, pensando que la quería. La arrojó a su suerte creyendo que ella jamás conseguiría desvanecer su fuerza, esa voluntad de hierro que parecía ser capaz de mover montañas y derrumbar murallas altísimas más sólidas que las piedras

que las levantaban. Pero no fue así, debió comprenderlo a tiempo, antes de dejar de admirarla, justo cuando empezó a quererla, cuando la conoció frágil y asustada, humana.

Demasiado tarde para lamentarse, para arrepentirse, para volver atrás y deshacer todo el camino andado. El camino mal elegido, el que la obligó a ella a subir al cadalso. Aunque él jamás lo hubiese imaginado. Gerard pensó que no tenía otra opción que hacer lo que hizo, lo que le ordenaron, lo que le permitió conservar su puesto de trabajo. Más le hubiese valido morir de hambre, pensaba mientras sus manos ordenaban incrédulas y temblorosas las flores sobre la tumba. Pero le pudo el miedo en su inmediatez apremiante, y la obediencia. Aquella sumisión mansa y tenaz que lo protegió desde niño al salir del orfanato.

Convertirse en aprendiz en una de las mejores imprentas de París fue su sueño jamás soñado. Un regalo repentino, la posibilidad de abandonar un lugar que no le pertenecía ni a él ni a nadie. La puerta que se abría para que dirigiera sus pasos libremente, lo mismo que si pudiera elegir su destino. Ese camino que, sin embargo, se atrevió a seguir como si estuviese marcado.

Empezó como chico de los recados, recogiendo encargos, llevando las notas de los pedidos del mostrador al taller de prensado. Después le adjudicaron nuevas tareas como barrer, ordenar los fardos de papel, abrir los cubiles de la tinta. Preparar la máquina del prensado. Una tarea, ésta última, difícilmente soportable por el hedor que provocaba, había de empapar de orín las balas de lana que se utilizaban para facilitar la impresión. Pero era la percepción de otro olor, penetrante y nuevo, la que se impregnaba en su olfato como si este sentido

hasta entonces hubiese estado dormido. El olor a tinta, que despertó en su conciencia la percepción de pertenecer a un lugar que sería mucho más que su lugar de trabajo, el sitio donde podría desempeñar algo más que eso: su oficio. Una profesión por la que luchar, sobre la que poder edificar sus proyectos y, sobre todo, a partir de la cual tener un contacto vivo con el mundo. Porque en aquel taller se imprimían grandes obras, carteles, panfletos, un sinfín de escritos que contenían los ingredientes más selectos de todo lo que se cocía en París, procurando a sus lectores el mejor guiso.

El primer día que consiguió para sí una prensa de impresión a su cargo, tres años después de haber ingresado en el taller como aprendiz, se tragó el olor a tinta como si fuese un elixir, una pócima mágica capaz de procurarle en el cuerpo y en el alma un cambio rotundo, repentino y sin retorno. El afán de seguir manejando aquel artefacto para el resto de sus días. Con la naturalidad con la que cada cual maneja su aparato respiratorio, sin voluntad y con necesidad, tomando solo conciencia de ese gesto cotidiano en que consiste respirar solo cuando inspiramos profundamente, en un segundo visionario que nos permite comprender la sabiduría de nuestra naturaleza y el sabor de lo que respiramos.

Comenzar su nueva labor con tan solo quince años se le antojó ya entonces una tarea heroica, enorme para las exiguas posibilidades que siempre creyó tener. Su educación era escasa, aunque sabía leer y escribir y hacer las cuentas con eficiencia y rapidez; en el orfanato se caracterizó por ser un alumno aplicado, aunque nunca aventajado. Lo cierto es que allí no conoció ningún alumno que fuese aventajado, más bien predominaba lo contrario, un alumnado torpe, lento, incluso lerdo, o así lo entendían los maestros, que no se cansaban ni un solo día

de repetir tales calificativos a sus pupilos, para que se les grabase bien en sus pequeños cerebros, para que conocieran sus limitaciones, pero, sobre todo- decían- para que se espabilasen. Si ese era el mejor método para que los muchachos rindiesen más y mejor en los estudios él nunca lo supo, lo único que llegó a saber con el tiempo fue que la mayoría de sus compañeros abandonó el orfanato para trabajar como aprendices en talleres, fábricas, tabernas o incluso en el campo- teniendo que abandonar París-, y que ninguno de ellos lamentó no volver a abrir un libro.

Él tampoco abrió muchos desde que empezó a trabajar, pero no se alejó de ellos. Bien mirado, estaba más cerca que nunca. Ayudaba a elaborarlos. Y los leía, mientras se iban produciendo. A trozos, a ratos, de prisa. Pero estrechando un vínculo con el material impreso novedoso y sugerente. Veía como crecía el volumen de cada tomo en las impresiones constantes, participando en esa evolución como quien abona y riega las semillas que han plantado otros en una tierra que es de todos.

El proceso de impresión se realizaba muchas veces por las noches, si el tiempo apremiaba, si se colaboraba en la edición de algún periódico o en la publicación de carteles o panfletos. Era entonces cuando los operarios más añosos calentaban sus cuerpos para ahuyentar el frío en la madrugada y para no escuchar el maullido famélico de los gatos callejeros. Bebían un vino, convertido en aguardiente, que los marineros acostumbraban a llevarse a sus barcos antes de realizar largas travesías, y que elaboraban en la región de Cognac, sin mucha demanda. Un alcohol fuerte que el Gerard impúber de aquella época ni se atrevía a probar, pero que alcanzaba a oler en el aliento de su

superior, Olivier, cada vez que se le acercaba a darle una orden. La ingesta de tal brebaje, sin embargo, no mermaba la eficiencia en el trabajo de quienes lo consumían, bien al contrario, amenizaba las largas horas y producía en los hombres, además del apestoso aliento, que salieran de sus gargantas cánticos grotescos. Y las risas consecuentes. Todo ello ocurría siempre en ausencia del señor Longuet, el dueño de la imprenta.

Por el día el trabajo se realizaba en su presencia, bajo su atenta mirada. El señor Longuet era un reputado impresor de edad incierta, quizá no tuviera los cuarenta años cumplidos por aquel entonces, pero aparentaba algunos más. Era bajo y rechoncho, y en su rostro además de sus mofletes resaltaban sus cuadradas patillas y su sempiterno habano bajo la pequeña nariz. Llevaba el poco pelo de que disponía peinado siempre en una cola, con un lazo negro de tafetán. Menos cuando iba al Teatro o a algún otro asunto público, entonces se encasquetaba la peluca blanca y empolvada como si de un sombrero se tratara. En ocasiones como esas se engalanaba más, aunque según él, solo lo hacía para igualarse a los demás. Por su aspecto parecía bonachón -es lo que se suele decir de los hombres gordos que siempre sonrían- pero no era su caso. Ciertamente era obeso y sonreía a menudo. No podía evitar ni lo uno ni lo otro. Lo primero, por su constitución natural, además de su apetito voraz; lo segundo, por su temperamento natural, no dicharachero, pero campechano. Quien no lo conocía realmente pensaba que era simpático, Gerard no tardó en descubrir su verdadero talante, más cercano a la hipocresía a pesar de las apariencias.

La impresión era una labor lenta y costosa, cada página se confeccionaba de forma manual con componedor y regleta. En la regleta se colocaban las letras, o

los caracteres topográficos necesarios para componer las palabras, los signos de puntuación y los espacios en blanco. Todos estos caracteres se encontraban clasificados por orden en unos depósitos. El operario escogía los que necesitaba en cada caso, eligiendo el tamaño para cada carácter según las exigencias de aquello que se deseaba publicar, diferenciando así los titulares del cuerpo textual si se trataba de la publicación de un periódico o el título de una obra literaria, o simplemente para diferenciar entre mayúsculas y minúsculas según el contenido de un texto.

- La composición es una obra artesanal, muchacho –le dijo el señor Longuet a mi padre la primera vez que le dejó acercarse al prensado-. Un loable cometido que ha de realizarse minuciosamente y con mucha atención, con presteza pero sin ligereza, pues la eficacia habrá de ser el resultado final. ¿Lo entiendes? ¿Sí? ¡Pues empieza! ¡Prepara la regleta!

El muchacho obedeció rápidamente la orden, con tal mala fortuna que tropezó y poco le faltó para que le cayeran los materiales al suelo. El dueño de la imprenta machacó la punta de su cigarro con el susto, después llamó al oficial de impresión, Olivier, y le dijo:

- Vigila a este mozalbete de cerca. Tiene voluntad, pero le queda mucho por aprender. Si en una semana no responde como debiera...- interrumpió dando una larga bocanada a su cigarro- que vuelva a realizar su tarea anterior. ¿Comprendido?
- Comprendido, *Monsieur*. Queda a mi cargo –contestó Olivier.

El oficial de impresión era un veterano operario, no muy alto pero corpulento.

De rostro ajado y grave. De manos ágiles y mente activa. Lenguaraz y resuelto. Cualquiera al verlo podía quedar intimidado por su aspecto. Pero quienes lo conocían sabían que bajo la apariencia de roble se escondía un espíritu noble. Destacaba por su eficiencia, y trabajaba más que nadie. Supervisaba a todos sus operarios y les reprendía cuando había que hacerlo, sin excepción. Lo cual no impedía que se cometieran errores. Había veces que el trabajo ejecutado debía desecharse, repetirse, para cambiar una incorrección o añadir un nuevo párrafo o una frase, o tan siquiera una palabra. Aunque se intentaba que los errores fueran los menos posibles, y se revisaban los textos puntualmente, rectificándose aquellos que así lo requiriesen en la mayor brevedad posible. De lo contrario se arriesgaban a que apareciera el señor Longuet refunfuñando, resoplando con su habano, a pesar de su mecánica sonrisa. ¡Y pobre de aquel que no rectificara a tiempo en su presencia!

Quedando a cargo de Olivier, mi padre se dedicó a buscar en los depósitos los caracteres necesarios para componer una página, contando las mayúsculas necesarias, los espacios en blanco, si había o no titulares en el texto... La observación se convirtió en su principal actitud, afinando la búsqueda para evitar entorpecer el ritmo de trabajo. Así lo hacía sin hablar con nadie, ni si quiera con su superior, y mucho menos con el señor Longuet, asintiendo siempre a cada mandato. Con una mirada urgente debía reconocer el estilo de cada grafía, su grosor y su tamaño. En un breve tiempo aprendió a identificarlas sin mucho esfuerzo, aprendiendo las diferencias significativas de las formas de cada signo, reteniendo en su memoria el conjunto global de las cifras que compondrían la

escritura, el conjunto multiforme de un simbolismo tan diverso como refinado y preciso.

La tipografía que utilizamos sigue las pautas establecidas por Pierre Simon Fournier y por Didot, le explicaba el oficial de impresión con severidad. ¡Ah! ¡Esos fueron los grandes precursores de la modernidad!, añadió después ya con entusiasmo. Los mismos que lograron en sus textos una apariencia clara y ordenada, ofreciendo como resultado que el lector recorriese las líneas suavemente sin que su lectura pudiera entorpecerse por una ornamentación barroca o unas letras excesivamente gruesas y monótonas, incapaces de ofrecer un trabajo delicado y elegante. Debemos aprender de ellos, concluía alzando la mirada como si los grandes maestros estuviesen en las alturas.

Olivier aleccionó a Gerard desde el principio, decía que era su pupilo y le atizaba una simpática palmada en el cogote cada vez que mi padre acertaba en su tarea después de escuchar sus consejos. En más de una ocasión le dijo que si no fuera porque tenía más hijos de los que podía mantener se lo hubiera llevado a casa. Luego soltaba una larga carcajada y el aprendiz sabía que lo dicho no era una chanza, pero tampoco una promesa.

“La impresión debe hacerse con paciencia y cuidado, como un acto de amor”, le escucharía muchas veces a mi padre cada vez que hablaba de su antiguo oficio repitiendo las palabras de Olivier. La frase no era suya, sin embargo. Pero ambos se la apropiaron como si lo fuera, porque el autor de aquella afirmación llevaba en la sangre la misma pasión que empujaba a los dos cada día a esmerarse en su trabajo, el afán por seguir los cuatro principios necesarios para alcanzar la belleza de una tipografía: regularidad en los diseños, elegancia y

nitidez, buen gusto y encanto. Los cuatro preceptos que formularía Gianbattista Bodoni, el mismo autor de la cita antes mencionada. *¡El maestro de maestros!* – exclamaba Olivier cada vez que lo citaba-, *el mismo que siguió con devoción de alumno aplicado el camino abierto por sus predecesores franceses, perfeccionando su estilismo sin innecesarias ornamentaciones, consiguiendo que los libros tuvieran una impresión maravillosa, perfecta. ¡Ah, Bodoni, Bodoni, il grande maestro!* , finalizaba con su escaso italiano el oficial de impresión con voz nasal y enorme sonrisa.

El contenido de aquellas primeras impresiones en las que colaboró mi padre fue variopinto en aquellos primeros años de experiencia. Lo mismo participó en la elaboración de carteles publicitarios, en la impresión de edictos y otras publicaciones gubernamentales de corto y gran alcance, en la edición de algunos ejemplares de los periódicos suscritos a la imprenta, que en la edición de libros de escritores de afamado prestigio. Entre los cuales todavía no se encontraba Olympe de Gouges, y tardaría todavía algunos años en pertenecer a tal gremio, con prestigio o sin él. Pero entre todas las publicaciones que en aquel tiempo mi padre tuvo el honor y la suerte de prestar sus servicios -como él decía- la que mayor satisfacción le produjo fue la impresión de la *Encyclopédie*.

Se trataba de la edición de los cuatro últimos volúmenes, aquellos en los que Diderot prácticamente ya trabajó solo, sin D'Alambert, después de suprimirse en sucesivas ocasiones los permisos de publicación, fruto de la animadversión de jansenistas, jesuitas, y demás aledaños de la autoridad y el poder. Sin que ello impidiera que otros colaboradores ofrecieran eventual y oportunamente su trabajo en la confección de tales volúmenes, como fue el caso de ciertos filósofos

y pensadores de la época implicados desde el principio en el programa enciclopédico como Rousseau, Voltaire, Duclos, Holbach, Quesnay, Turgot, y otros ilustrados más, llegando a superar la centena en número de participación.

Formar parte de aquella esforzada y valerosa obra de síntesis y divulgación sobre el conocimiento humano fue para Gerard un ejercicio de libertad en el sentido más amplio de la palabra. Aunque su intervención en tal empresa tan solo fuese colaborar en la impresión, este hecho ya se convertía en algo histórico, dadas las constantes prohibiciones y amenazas a las que se vieron sometidos los enciclopedistas. La libertad residía en poder vencer esos obstáculos y, formar parte semejante proyecto, convertía a los impresores en prestidigitadores por ser capaces de mostrar al gran público lo que parecía indemostrable: que el saber sobre las ciencias y las técnicas podía estar al alcance de muchos.

“El árbol de las ciencias de las artes y los oficios”, basado en la clasificación que hiciera Bacon, habría de ofrecer el conjunto de las facultades intelectuales y fabriles del hombre representadas en la memoria, la razón y la imaginación. La historia, la filosofía y las bellas artes serían los ámbitos que abarcarían tales facultades respectivamente. Y cada una de estas ciencias y actividades ofrecería nuevas clasificaciones estructurando sus contenidos en diferentes apartados. Consiguiendo ofrecer un vasto y claro inventario del espíritu humano. Un reflejo de los valores modernos, al rechazar lo anticuado y lo superfluo. Sin convertirse en una mera exposición de conocimientos sino en el soporte necesario para hacerlos comprensibles a todo aquel que jamás hubiese tenido acceso a ellos, acompañando cada explicación con detallados grabados y láminas. Mostrando

los beneficios de la invención de las técnicas, de las artes mecánicas, y de las ciencias, huyendo de la especulación pura y abrazando el progreso material.

De aquellos postreros volúmenes mi padre se apropió de los fascículos o las páginas que fueron desechadas por contener incorrecciones, cambios de última hora o erratas. Con el consentimiento de Olivier, que veía en su mejor pupilo la misma admiración que sintió él de crío por la letra impresa, y siempre que el señor Longuet no estuviera presente. Aquellas cuartillas sustraídas del desperdicio eran leídas por Gerard con paciencia y enorme curiosidad, tomando conciencia de dónde se encontraba el error o la omisión que debía obviar. Repasando con la yema de los dedos cada línea, en el pequeño cuarto de la pensión donde vivía, antes de que pudiera leer aquellos fascículos el resto de la ciudadanía, antes de que salieran a la venta, muchas madrugadas, antes de conciliar el sueño, hasta que llegaba el alba.

Lo mismo se instruía sobre la fabricación de una polea como de los pasos necesarios para ejecutar esgrima, de cómo funcionaba el aparato respiratorio que de las disquisiciones pertinentes sobre el concepto de esclavitud. Todos aquellos temas, y muchos otros, pasaban ante sus ojos despertando la lucidez de su intelecto y el asombro de su alma, lo mismo que se hubiese maravillado un pirata ante el descubrimiento de un codiciado tesoro, regocijado ante tamaña riqueza.

En más de una ocasión encontré las viejas cuartillas- ajadas por el paso de los años- de aquellas impresiones erradas que mi padre guardó después de haberlas leído con el ansia del iniciado. Un conglomerado de hojas sueltas sin orden ni sistematicidad, a veces interrumpidas en la impresión de un texto, a

veces ofreciendo de principio a fin su argumentación e incluyendo hermosos grabados explicativos. Y, todas ellas, veneradas incluso con sus incorrecciones, pues para mi padre fueron su primera adquisición antes de poder comprar él mismo algún volumen de l'*Encyclopédie*, buscando en librerías de libros viejos, cuando volvieron a reeditarse con cambios y reducciones.

Años más tarde, Gerard atesoraría con mayor afán y más cuidado todo lo que se publicase de Olympe de Gouges. Desde *Zamore y Mirza o la esclavitud de los negros* hasta *El pasado del prelado*, pasando por *El príncipe filósofo*, *Los fantasmas de la política* o *Las tres urnas*- que tan lamentable consecuencia tuvo en su destino. Almacenando todas sus obras como una riqueza que convendría ocultar al mundo, cuando la autora de la *Declaración de Derechos de la Mujer y la Ciudadana* quedase proscrita. Para que el esfuerzo, la ilusión y la lucha invertidos en sus publicaciones creyesen, los que intentaron anularlas, haber eliminado de cuajo.

Las publicaciones de la escritora serían escondidas por mi padre en un arcón, grande y tosco, como su corazón. Cada libro, cada panfleto y cada escrito, ocuparían el lugar privilegiado en ambos espacios. Los primeros ejemplares de cada edición sustraídos en la oscuridad del taller, a hurtadillas de la atenta mirada del señor Longuet. Conservándolos para siempre, para releerlos, para acariciarlos con el espíritu y poder subsanar, con el tiempo, el negro segundo de incertidumbre que lo empujó a cumplir con su deber de asalariado, facilitando a Olympe su condena.

Del campo a la ciudad.

Por un impresor.

Durante mucho tiempo creí que las relaciones de parentesco eran tan solo privilegio de unos cuantos. Crecer en un orfanato me ayudó a concebir tal creencia, supongo. El tiempo corrió en mi contra para contradecir tamaña impresión en mi intelecto, o quizá lo hizo en mi alma. Hasta que mis vivencias mudaran la inercia que me empujó a pensar y sentir de tal modo observaba a mis semejantes como los huéspedes de un mundo lujoso, por el mero hecho de tener familia. Lo que no llegaba a vislumbrar, entonces, era que no todos aquellos seres que la tenían eran igualmente dichosos. Tú me comprenderás, seguro, Marguerite.

París se abría ante Olympe amplia, luminosa y atrayente, lo mismo que el campo extendía su horizonte cada tarde, en aquella época en que su padre la recibía con los brazos abiertos y le llamaba “hija”, sin que ella pudiera siquiera sospechar que jamás volvería a abrazarle ni a escuchar de sus labios el apelativo que expresaba el verdadero vínculo que los unía.

Desde aquellas tardes de aquellos años ya remotos ella postergaría su afán de recuperar semejante dicha y, lejos de temer no anhelar mayores pretensiones que la sumisión a una existencia anodina y errática, construyó su empeño en recuperar aquel gozo o, en cualquier caso, un sentimiento de plenitud similar a la serenidad que pudiera provocarle ser reconocida públicamente como la hija de su padre.

París la recibía con los brazos abiertos, como si también la ciudad la esperase, como si sus calles, sus gentes y su bullicio hubieran contado como ella las noches y los días hasta que, al fin, se produjese el momento en que por primera vez se encontraran.

En los ojos de la joven se adivinaba el ansia por recorrer las entrañas de la ciudad, por dejar que ésta le sugiriese los caminos que debía tomar, iluminándola a cada paso con innumerables estímulos ante los que se detenía para abrir, espontánea y conmovida, su honesta sonrisa. La vitalidad y la belleza de su juventud no la eximían de sujetar entre sus brazos a su niño, que descansaba sobre su pecho ajeno a su emocionado latido, adormecido a pesar del palpitar acelerado de su progenitora, conservando la misma calma que mantuvo su progenitor ante lo que calificaba como un exceso en el anhelo de su esposa.

Pero a su lado no caminaba varón alguno, sino otra joven, algo mayor que ella, y, más que acompañarla parecía seguirla, aunque diese la impresión de que era esta otra la que la guiaba, pues parecía saber hacia dónde se dirigía y refunfuñaba un poco cada vez que la joven madre se apresuraba a su antojo. Con esa protesta consabida que otorga el parentesco, supongo, sin quejarse demasiado, escéptica ante la posibilidad de que su protesta ocasione la respuesta rápida que espera, sabedora de que el carácter de la hermana no atiende a órdenes ni a amenazas, ni sutiles ni manifiestas. Sobre todo desde el único día en que se sintió obligada a claudicar, la única alegría de aquel sometimiento la sujetaba firmemente entre sus brazos cuando llegó a París y la vi por vez primera. El mismo día en que, al fin, conseguía tener una prensa de

impresión a mi cargo, bajo la tutela de Olivier, después de tres años como aprendiz y con tan solo quince sobre mis espaldas.

Olympe tenía entonces unos veinte, eso no lo sabría yo hasta mucho después, cuando iniciáramos nuestras conversaciones. Aquel día lo único que sabía era que aquella mujer, aquella joven madre que parecía querer acaparar todo lo que tenía ante sí, apenas si me rozó con su mirada. No era de extrañar, parecía inalcanzable. Tenía aquella mirada curiosa y a la vez decidida de quien busca su lugar en el mundo, sin certezas, pero con el ánimo dispuesto a conseguirlo. Con el afán de quien quiere conocer el terreno que pisa y hacerlo propio, aunque haya de escuchar voces que ralenticen o apuren su paso, según el caso, aunque haya de sortear obstáculos y hacerse escuchar a los oídos más sordos.

Aquella asombrosa y soleada mañana de febrero la luz más intensa no provenía del gran astro, sino de aquellos ojos inquietos llenos de vida y entusiasmo. Aquella mirada viajera que se posaba en cada cosa y en cada persona, mirándolo todo sin detenerse en nada en concreto. Observando con alegría el rápido trajinar de los comerciantes en el mercado, el ir y venir de los carruajes abriéndose paso a duras penas por las callejuelas estrechas, el transitar elegante y pausado de los hombres de letras hacia los cafés, el paso de las lavanderas de brazos firmes sujetando enormes cestas de ropa en sus caderas, el corretear de los chiquillos al perseguirse en sus juegos infantiles y alegres, el lento avance de los viejos burlando el raudo paso del tiempo, la quieta espera de los mendigos recogida en los rincones más oscuros, el ansia de los jóvenes escondiendo en los soportales sus primeros besos. Todo era un cuadro gigantesco de trazos enérgicos, de luces y sombras, de una textura prieta,

cargada por los claroscuros de la vida en su espontáneo suceder, en su aparecer más inmediato. Una inmensa obra de arte donde el pintor era ese latir incesante en cada uno de los corazones que ocupaban aquellas calles, también en el de aquella joven dama que los contemplaba como espectadora privilegiada y en el mío propio que observaba su mirada sin perder de ella un solo detalle. Hasta que sus ojos se cruzaron con los míos y, ante mi estupor de adolescente imberbe y hechizado, recibí como regalo su sonrisa. Apenas fueron unos segundos pero bastaron para que los recordase toda la vida, ¡para mi suerte y para mi desventura! También sirvieron para que me escondiera de su presencia con la rapidez del galgo, y volviera a mi trabajo con la esperanza de ver a aquella mujer incluso sin salir de mi escondrijo, de aquel lugar que ya me era propio, y al que, sin saberlo, presentía ella acudiría con la asiduidad que yo ambicionaba.

Jamás una previsión habría ser más certera ni su cumplimiento capaz de mejorar mis entonces quiméricas y difusas expectativas. La joven madre visitaría la imprenta donde yo trabajaba en infinidad de ocasiones, de las cuales yo sería el responsable de realizar sus encargos, la impresión de sus escritos literarios, políticos y hasta sus panfletos más osados. Pero habrían de pasar bastantes años para que eso sucediese... Había de convertirse la desconocida en otra mujer, en la que entonces solo quería ser.

Aquel día en que la vi por primera vez ella todavía no era Olympe de Gouges, acababa de llegar a París desde Montauban con su hijo para vivir en casa de su hermana y, como ella, se apellidaba Gouze. Aunque fuese la hija del marqués Jean-Jacques Lefranc de Caix de Lisle et de Pompignan. Ella era, para todos los que la conocían, Marie Gouze, la hija de Anne-Olympe Mouisset, una mujer de

extracción humilde y Pierre Gouze, un carnicero; viuda de Louis-Yves Aubry, figonero y proveedor de vituallas en su pueblo natal. Una mujer que pasaría a la historia con otro nombre, y que jamás sería reconocida por su verdadero padre.

Aquel hombre que le acompañaba alegremente por los campos, ataviado con sus mejores galas, sujetando con fuerza y prudencia su cintura mientras cabalgaban ambos a lomos de un mismo caballo por los verdes prados de Montauban, algunas tardes en sus primeros años. En su primera niñez, esa edad tan temprana en la que los recuerdos se graban en el alma con la emoción de los sentimientos y no con el raciocinio de la memoria. Para hacerse un sitio en nuestro ánimo y hasta en nuestro temperamento futuro, de manera que no podamos ya disociar nuestra manera de sentir de aquellas primeras experiencias vividas en la infancia. Al menos así lo expresaría mucho después Marie, con voz afectada, cuando ya hiciera tiempo que se hubiera convertido en Olympe y el recuerdo de su padre, aunque lejano, todavía despertara en ella el anhelo de aquellos antiguos paseos por el campo.

Los tiempos en que se produjeron los primeros encuentros ilícitos entre los padres de Olympe fueron los años en los que Pierre Gouze era destinado al otro extremo de Francia, entonces se vieron a escondidas. En uno de los regresos del esposo su mujer dio a luz a Marie y todo el pueblo entendió que aquella criatura era el fruto de las visitas amagadas del marqués. Se comentaba en el mercado de la *Place Nationale*, bajo las arcadas de las hermosas fachadas renacentistas, en cada puesto, en cada esquina, antes de iniciar los rezos en la iglesia de *Saint Jacques*, situada justo detrás.

No mucho tiempo después, cuando Pierre murió, los enamorados ya no tuvieron que ingeniárselas para disimular sus encuentros ni esquivar las habladurías y siguieron viéndose con mayor frecuencia. Fue en aquella época cuando Jean-Jacques quiso hacerse cargo de su hija y adoptarla.

Anne-Olympe no le dejó, tenía todavía muy presente en la memoria la negativa de la familia de su amado. El amor que los unía nació muy pronto, cuando apenas eran unos críos. La madre de ella fue nodriza de uno de los hermanos de él, y él mismo, con tan solo cinco años de edad, fue padrino de ella. Las dos familias contaban con una buena relación, pero las separaba una gran diferencia de clase. Intentar acortar esa diferencia con su amor les supuso una separación definitiva. Anne-Olympe no olvidaría ya nunca cuál era su condición y ninguna promesa, por igualitaria que pudiera parecer, la ayudaría a recuperar la esperanza que alimentó en su juventud. Recuperar en sus brazos a su amado ya le pareció suficiente. A él no, y tras un par de años lo venció el cansancio por la lucha de un amor imposible y casó con una viuda rica que le daría un hijo natural como heredero. Anne-Olympe, por su parte, volvió a casarse, con Dominique-Raymond Cassaigneau un policía que ignoraría completamente a Marie. Quizá por eso jamás olvidó ella a su verdadero padre, aunque dejara de verlo cuando tan solo tenía poco más de cuatro años.

En aquellas visitas, su padre le contaba historias de seres lejanos que vivían en islas remotas, trasladados a ellas contra su voluntad, en beneficio de la patria -decían- por tener la piel oscura, las manos hábiles y los cuerpos fuertes para poder sacar de aquellas tierras exóticas el fruto que enriquecería las arcas francesas.

- ¿Por qué tienen la piel oscura? –se atrevió a preguntar la niña una vez.
- Porque provienen de otro país, de otro continente. Allí todos tienen su misma piel, no es algo extraño. Es natural, como lo es para nosotros tener la piel clara.
- ¿Y dónde van a trabajar? –quiso saber la pequeña.
- Al otro lado del mar. Muy lejos. Donde la mayoría de nosotros no podemos verlos, ni avergonzarnos por dejarlos marchar.
- ¿Y por qué marchan ellos tan lejos?
- Porque no son libres.
- ¿Y por qué no lo son?

El marqués resoplaba, ante tanta pregunta. ¡Insaciable curiosidad la de la hija! Pero no desfallecía, y le ofrecía un detallado relato para satisfacer sus interrogantes.

Le contaba el peregrinaje de aquellos seres que habían viajado tanto desde su país de origen, el continente africano, hasta las colonias francesas de las Antillas, Saint Domingue o Lousiana, gobernados por barcos franceses que les dejarían en aquellas tierras remotas para siempre. Los que viajaran hasta allí serían los que correrían mejor suerte, mejor que los millones de esclavos que morirían en largas marchas hasta la costa- *el bosque de ébano*, así los tildaron. Mejor que los que fenecieron en los almacenes construidos para retenerlos antes de embarcarlos al otro lado del Atlántico. La suerte de los que emprendían el largo viaje no era sin embargo generosa, las condiciones de vida en los barcos eran terribles e insalubres, viajaban amontonados en las bodegas, sin apenas poder moverse. *El hombre ha nacido libre, pero en todas partes está encadenado*, recordaría muchas veces Olympe citando a Rousseau, su admirado filósofo, al

recordar aquellas gentes. Tampoco mejoraría la suerte, ni sería más liviana, una vez desembarcaran y comenzaran sus trabajos en las plantaciones de algodón, azúcar o café. Trabajar de sol a sol y dormir en el suelo protegidos tan solo por techos y paredes de caña, en los alienados barracones que habrían de ser sus hogares, alimentaba el dolor en los cuerpos y en el alma, pero no los estómagos hambrientos ni la esperanza de libertad.

En su recuerdo no omitiría ningún detalle de aquellos relatos por más terribles que fueran, porque de haberlo hecho aquellas historias no hubieran calado en su espíritu como lo hicieron, como un legado. Seguramente enriquecido con el tiempo para que pudiera ser tan sublime como los prados verdes y anchos que se extendían sin límite ante el narrador y la escuchante, aquellos mismos que menguaban solo cuando volvían a atravesar *El Puente Viejo*, cruzando el río Tarn, para acceder a la casa y que la niña regresara con su madre. Y la imaginación de Olympe, despertada y potenciada por las prolijas y contundentes palabras de su verdadero padre, le permitiría vislumbrar años después, en los rostros de aquellas gentes, cada vez que descubriera una persona de color inesperadamente por sus tierras, la expresión de una injusticia compartida: no poder reconocer sus derechos naturales.

Las azaleas y otros bienes.

Por la hija de una doncella.

Seis días habían transcurrido desde que mi madre abandonara la casa de los Roland. Llegó a creer que jamás volvería a entrar en ella. Que seguiría los pasos de su señora hasta el cadalso. Lequoc, el lacayo, así lo hizo. Pero Fleury, la doncella, no. A mi madre la absolvieron por demente. Eso sentenció el Tribunal de la Convención. La sirvienta de Madame Roland había perdido el sentido, el poco juicio que debiera tener. Sus llantos interminables, sus gritos, sus manos furiosas arañándose la piel y arrancándose mechones de su cabello, así lo demostraban. Mi madre también lo creyó aquel día en que dictaron su sentencia. Estaba fuera de sí, era lo único que sabía, no podía dominarse, contenerse, ocultar su dolor. Aquellos gestos, que parecieron desorbitados y desprovistos de sentido a las autoridades, eran su único lenguaje, la única forma que encontró de expresar sus sentimientos cuando supo que su amiga había sido ejecutada. No le hizo falta ir a la Plaza de la Revolución para comprobarlo, lo sintió en su pecho con una opresión pavorosa. El aire entraba y salía de sus pulmones a trompicones, con gran esfuerzo, llegando casi hasta el abismo de un ahogo definitivo. Acercarse tanto a la muerte le salvó la vida. Y a nadie le interesó qué pudiera hacer con ella al abandonar la prisión en la que la recluyeron hasta su juicio.

Manon y Fleury estuvieron muy unidas desde el principio, desde que mi madre llegó a una casa enorme, burguesa y ajena, para convertirse en la doncella de una chiquilla despierta e inquieta, de mirada inteligente y ademanes espontáneos

aunque contenidos. A penas un mes después de la muerte de Marie-Margarite Bimont, la madre de Manon. Pierre- Gatien Phlipon, el padre, creyó oportuno que su hija tuviese una doncella de una edad parecida a la suya, de unos diecisiete años. No solo para que pudiera ocuparse de los menesteres que precisara sino también para que le ofreciera la oportuna compañía como alivio en el duelo de dos pérdidas muy sentidas. Su nodriza, que seguía visitándola desde que la criara, acudía habitualmente cada dos años desde su casa en el campo, en Arpajon. Ella perdió a sus hijos al poco de nacer y la pequeña Phlipon se convirtió para ella en un gran lenitivo, además del que le proporcionaba su sobrina. Visitaría por última vez a Manon poco después de que muriese su madre, para consolarla, pues padeció en aquel trance serias convulsiones de tristeza. La visita de aquella mujer la reconfortó enormemente, pero al poco la propia nodriza perdió la vida. Fue entonces cuando el señor Phlipon recordó que la nodriza, en algunas de sus últimas visitas, acudía con una sobrina suya de la que se hizo cargo al morir la madre de ésta en el parto. El padre de aquella niña huyó de su pueblo natal al morir su esposa, unos dijeron que por el inmenso dolor que le causó aquella pérdida, otros que porque marchó a América en busca de la fortuna que nunca logró conseguir con su trabajo en el campo. De forma tan contradictoria como irreverente se esparcían los rumores en aquellas tierras y en aquellos tiempos. Sea como fuere, la pequeña Fleury quedó sola definitivamente al fenecer su tía, la única familia que tuvo, y el padre de Manon quiso proteger su desamparo protegiendo, al tiempo, el de su propia hija.

La repentina ausencia de la nodriza había dejado a la sobrina perdida en medio de un vacío inmenso. Una soledad sin límites envolvía sus días haciéndola girar en un universo difuso, desprovisto de sentido. Los vecinos cuidaban de ella, la alimentaban, la visitaban, la acompañaban. Todos sabían cuánto había sufrido la difunta con la pérdida de sus propios hijos primero, y el maltrato de su marido, después. Al menos también éste falleció y al poco recibió a su sobrina. Fleury consiguió que su tía recuperara el carácter alegre y emprendedor que siempre la había caracterizado antes que la desgracia atestara su vida. Por ello, tras su ausencia, quisieron colmar de atenciones a la sobrina. Pero ninguno de ellos conseguía aplacar esa desolación tan honda que sentía. Para la muchacha, todos los espacios que ocupaba en aquella casa estaban llenos de recuerdos, de una presencia impalpable pero perceptible. La voz enérgica de la tía seguía advirtiéndole que anduviera con cuidado, cuando iba cargada de aquí para allá, no se le fuera a caer todo al suelo. Su cuerpo enorme y fresco seguía arrebujándole las mantas en la noche para que no cogiera frío. Su mirada se volvía pícara si la sorprendía en alguna de sus travesuras. Pero ella ya no iba cargada a ninguna parte, ni se arrebujaba bajo las mantas, ni corría ninguna travesura. Fleury, que de natural había sido una chiquilla curiosa y decidida, laboriosa y alegre, se había vuelto ociosa y opaca, taciturna y silenciosa.

La demanda del señor Phlipon le llegó como el anclaje al que aferrarse para huir del pozo sin fondo en el que, inadvertidamente, se estaba sumergiendo. Aquel hombre se acercó personalmente hasta su pueblo, entró en su casa con la ayuda de un vecino y encontró a Fleury en un rincón de la entrada, sentada en el suelo junto a la puerta. Se puso de cuclillas ante la muchacha hasta encontrar

sus ojos frente a los suyos. Entonces le habló de su hija, de la necesidad de que le ayudara, de que solo ella podía entender su dolor. Mi madre miró a su interlocutor con repentino interés, su enorme cuerpo agachado para acercarse a ella. Sus palabras directas y la firmeza de su voz resonaron en su interior espoleando su espíritu. Su postura incorrecta contrastaba con la contundencia de su petición, hasta conmoverla. Recordaba a la hija, siempre la recibió con una sonrisa. Le dejaba jugar con su globo terráqueo, dándole vueltas hasta que su dedo detenía el giro en algún país lejano, sin que ella tuviera conciencia de ello, soñando con viajar hasta aquellos lugares sin saber siquiera sus nombres. Le ofrecía una taza de chocolate con una pizca de sal para potenciar su sabor, para endulzar la espera mientras su tía se ocupaba de ella. Le regaló algún vestido ya pasado de moda pero todavía en buen estado. Y ahora era ella quien la necesitaba.

La primera vez que mi madre volvió a ver a la que a partir de entonces iba a ser su señora no supo, por su juventud, si llamarla señora Phlipon o JeanneMarie, su verdadero nombre. Ella, al verla vacilar, se lo hizo saber enseguida con afecto y naturalidad: *llámame Manon, Fleury, lo mismo que hacía tu tía.*

Poco después fue la propia Manon quien le enseñó la casa y le indicó cuales serían sus quehaceres, que no deberes ni obligaciones. Pero no dejó que se dedicara a ellos aquel día. Prefirió instruirla en el cuidado y vigilancia de lo que consideraba, con sus propias palabras, su tesoro vivo: sus flores y sus plantas. No es que pretendiese que su doncella se dedicase a la botánica, simplemente

quiso compartir con ella aquello que en aquellas fechas funestas todavía conseguía entusiasmarla.

Así pues, le enseñó que los geranios no necesitaban mucho riego ni les perjudicaba el sol, mientras que las azaleas necesitaban riego abundante y diario para lucir el color rosáceo de sus flores. Que los pensamientos presentaban una gran resistencia al frío y fácil cuidado y los narcisos demandaban humedad constante en la tierra. Que las orquídeas eran tan hermosas como delicadas y requerían más riego en verano que en invierno y que a las begonias no debían molestarle las malas hierbas. Que los lirios, con su complaciente perfume mantenían los olores de las demás plantas y los jazmines debían protegerse contra el viento y el frío para no perder su dulce y blanca belleza. Hasta en la cocina las plantas de lavanda y romero tenían su utilidad contrarrestando el fuerte olor de los guisos con su agradable fragancia.

También le enseñó que la poda era el arte de la revitalización y había de realizarse con precisión y esmero lo mismo que la mano del artista colorea el lienzo para dotar de vida su obra. Y que algunas plantas debían cambiar de lugar según la estación del año para buscar el calor o huir de él, lo mismo que las golondrinas en sus migraciones anuales.

Mi madre conocía algunas de estas recomendaciones, pues cuando vivía con su tía en el campo a menudo le ayudaba en las tareas cotidianas de la siembra y la cosecha en su pequeño huerto. Pero reconocía que aquellos mínimos rudimentos hortofrutícolas no le hubieran servido de mucho para poder ayudar a Manon en el mantenimiento de sus plantas. No era lo mismo plantar tomates y lechugas que alimentar el crecimiento y la belleza de aquellas flores tan

hermosas y sofisticadas que su ama le enseñaba. Por ello prestó mucha atención a las eruditas palabras de aquella joven que la instruía sin esperar que la sirviera, que simplemente quería que le ayudara por si alguna vez tuviera que ausentarse o, por falta de tiempo, necesitara que le echara una mano en aquella actividad tan delicada como gratificante.

Pasadas algunas semanas hasta mi propia madre comenzó a olvidar su propio dolor, alegrándose por la mejoría que todos advertían en el rostro de Manon, ahora ya sonrosado y sonriente, y hasta ella misma llegó a disfrutar de semejante apariencia como por contagio. Atrás había dejado un pasado penoso en una casa sombría y vacía y era en una casa extraña donde había encontrado el calor que ya no podía ofrecerle su ser más querido. Tiempo atrás no se hubiese atrevido ni a soñar un cambio tan satisfactorio y era por eso que andaba casi de puntillas por la casa como si temiese que pudiera romperse aquel hechizo, pues parecía más cosa de brujería que realidad palpable lo que estaba viviendo. Sin embargo, los días se sucedían con la misma calma y la misma dicha, y ella se pellizcaba no fuera a ser un sueño y no un hechizo lo que experimentaba. Pero solo conseguía sonrosar aún más sus mejillas y ofrecer así mejor color a su rostro, mejor todavía que el que le otorgaba una buena alimentación, buen abrigo y el trabajo realizado entre personas de prestigio.

Fleury intentaba desempeñar su oficio con la mayor diligencia de que era capaz, preocupada por disponer a su ama de todo aquello que le hiciese falta. La ayudaba a vestirse, a elegir los mejores complementos para cada atuendo, a regar las plantas –recordando con acierto las instrucciones recibidas-, la acompañaba en sus paseos matinales antes de la comida, o realizaba algún

recado en su nombre, le zurcía alguna que otra prenda que estuviese estropeada antes de que ella lo advirtiese, se preocupaba porque la cocinera preparase los guisos preferidos de su ama, arreglaba con esmero su alcoba ahuecando el colchón de plumas y las almohadas, ordenando los papeles y libros que se amontonaban sobre el escritorio. Y todo, siempre, con rapidez, pulcritud y respeto. Y con el mejor ánimo.

Manon se alegraba de verla contenta pero también quería que se detuviese un poco para compartir con ella otra de sus aficiones predilectas: la lectura.

Primero la interrogó a fin de conocer cuáles eran sus autores preferidos, los temas que le interesaban, si prefería ensayos, novelas o poesía. Mi madre no respondía ninguna de sus preguntas, en parte porque su señora no le daba tiempo para contestarlas, en parte porque no sabía qué responder. Manon, centrada en su objetivo no se dio cuenta ni de lo uno ni de lo otro y seguía haciéndole preguntas mientras le contaba cómo le gustaban los textos de Plutarco, y que le hubiese gustado ser romana o espartana y vivir en una república democrática donde todas las personas pudiesen nacer libres e iguales para ver cumplir las leyes que ellas mismas hubiesen elegido.

Pero Francia no era Roma, ni sus leyes monárquicas igualitarias y Manon hablaba y hablaba con los ojos iluminados sin recordar que su nueva amiga era su doncella y que la relación que ésta había tenido con los libros, hasta entonces, había sido como la de su ama en lo que tenía de admiración y respeto, pues con un esmero comparable a su entusiasmo los ordenaba cada día sobre su escritorio, repasando a veces con los dedos el relieve de los títulos dorados sobre la piel de sus tapas, pero que, a diferencia de Manon, Fleury no entendía ni una

palabra de aquellos títulos expuestos con tanta elegancia en la portadas de los libros.

Mi madre no supo esta vez como seguir a su señora. El cultivo de la lectura le era totalmente ajeno, no solo no entendía lo que su amiga le decía sino que pensaba jamás llegaría a hacerlo. Rompió a llorar como una niña, impotente y confusa, escondiendo con vergüenza las lágrimas entre sus manos.

Manon detuvo su parloteo atolondrado, en eso sentía que se habían convertido sus divagaciones expresadas en voz alta, en un monólogo trepidante que, por alguna razón, había conseguido incomodar a la que debiera haber sido su interlocutora. La observó con atención y descubrió su vergüenza. Mi madre no sabía leer, ni por supuesto escribir. No hizo falta que se lo dijera.

- No te preocupes, Fleury. Yo te enseñaré. Como me llamo Jeanne Marie que aprenderás a leer y a escribir.

Ambas rieron al tiempo.

- Manon, señorita, querréis decir –dijo mi madre ya secándose las lágrimas.
- Sí, claro. Hay que apostar con corrección. Aprendes rápido, Fleury.

Esa misma tarde, una vez terminadas las tareas domésticas habituales, comenzaron la primera clase. Lo primero fue familiarizarse con las letras, aprender la grafía y el sonido de cada una de ellas. Dibujándolas poco a poco hasta que su trazado se convirtiera en un movimiento natural. Y luego recordarlas para poder escribirlas y pronunciarlas. Más tarde vinieron los nombres, las tildes y los apóstrofes, después las mayúsculas y las minúsculas.

Hasta que pudieron construir la primera frase con sustantivo, verbo y predicado. En un mes llegaron a este punto, dedicando una parte de cada tarde.

Pasado un tiempo, mi madre pudo identificar cada país en el globo terráqueo de Manon, haciéndolo girar como antaño, pero consciente ya de la distancia entre su tierra y las otras. Soñando, todavía, con poder viajar al lugar donde su dedo detuviese el impulso del giro esférico.

En unos meses empezó a leer con asiduidad unos volúmenes que le dejaba Manon y que hablaban de todo aquello que cualquier ciudadano y ciudadana quisiera saber sobre las artes, las ciencias y los oficios. Lo mismo encontraba una explicación pormenorizada sobre el cultivo de las plantas tropicales como la exposición de la construcción de una goleta o la subida de las mareas por el influjo de la atracción lunar. Cualquier tema por desconocido o extraño que le resultase estaba ahí, en alguno de aquellos tomos, impreso para siempre o esperando ser imprimido –si la censura detenía su publicación como a veces ocurría.

Verdaderamente Manon tenía razón, leer era abrir las puertas al mundo. La lectura le ofrecía un prisma más preciso y más amplio sobre la realidad, no solo sobre la circundante, sino también sobre una realidad más vasta y compleja que se extendía más allá de su horizonte. Y no era preciso entenderlo todo, ni entenderlo pronto. Las palabras siempre estarían ahí ofreciendo su verdad, a la espera de poder ser reconocida. O si acaso simplemente atisbada. El raciocinio de mi madre no era el mismo que el de su señora, eso lo sabía, tampoco pretendía que lo fuera. Lo importante había sido comprobar que la lectura ejercitaba su mente, la enriquecía y conseguía que pudiese llegar a admirar cosas que, hasta entonces, ni siquiera había sabido que existían.

Durante el periodo que la joven dama instruyó a la nueva doncella, el señor Philipon observó a las dos muchachas de lejos y a ratos, con sigilo y tenacidad. Un día llamó a Fleury, en un aparte, para hablar con ella.

- Me congratulo del noble afecto que parece unirte con mi hija, no por casualidad te mandé llamar para servirla. Lamentaría mucho, sin embargo, tener que prescindir de tus servicios porque olvidaras en algún momento cual es el lugar que te corresponde en esta casa.

- Pero, *monsieur*, yo no... -balbució mi madre sin tiempo a terminar.

- No es una amenaza, no te preocupes. Solo es una advertencia que quisiera tuvieras en consideración.

Dicho lo cual, el señor de la casa se alejó de la doncella, no sin antes dedicarle una amplia sonrisa que la dejó desconcertada. Aquel hombre robusto y activo, de voz grave y firme, sabía decir las cosas con severidad pero también sabía adornarlas con algún gesto de complacencia quizá ostentoso dada la seriedad del discurso, como en el caso mencionado.

Lo cierto fue que mi madre intentó marcar las distancias con Manon, desde aquel día. La dejaba más tiempo a solas en sus lecturas. Se mostraba más afanosa y solícita. Y, sobre todo, se ofrecía humilde ante los privilegios que pudiera disfrutar en aquella casa. Y lo hizo con cuidado, sin rencor ni estridencias, de tal forma que ni su propia señora pudiera percatarse del cambio pero consiguiendo que su padre pudiera advertirlo. No tuvo que fingir ninguna pose para conseguir tales propósitos, tan solo necesitó moldear un poco más su carácter para definir con mayor profundidad las virtudes de su oficio: servir.

Las palabras del filósofo ginebrino regresaron a la memoria de mi madre cuando visitó por última vez la casa de Manon. *Sepamos amar la Naturaleza, sepamos estudiarla, conocerla, sepamos admirar las bellezas de las que se ha adornado para nosotros, aprendamos a quedarnos entre ella y nosotros y a curarnos de la ociosidad, del fastidio y de ser una carga para nosotros mismos y para los otros.* Ese elogio a la Naturaleza tan bellamente descrito por JeanJaques Rousseau sería repetido habitualmente por Madame Roland. Solía deleitarse con la cita del ilustrado, sobre todo, cuando adquiriría una nueva planta, o bien la trasplantaba ella misma, o simplemente cuando le regalaban un ramo de flores o sencillamente una flor.

Era frecuente en su marido obsequiarla con estos regalos, conociendo como conocía la dilección de su esposa por la botánica. Una dedicación muy modesta, según ella misma afirmaba cada vez que releía las profusas investigaciones de su admirado filósofo en sus *Cartas sobre la botánica*. Y no era falsa modestia porque, aun sabiéndose dotada de una extraordinaria inteligencia, sabía también que su erudición era fruto de su actividad autodidacta, y no de una instrucción sistemática y oficial como la que, por ejemplo, disfrutó su marido. Mi madre, de conocimientos mucho más prosaicos, siempre pensó que su señora se infravaloraba, en este aspecto, respecto al género masculino. Y no era ésta una opinión subjetiva, lo sabía a ciencia cierta, en más de una ocasión la vio redactar los discursos de su esposo, así como otros textos que no firmaría y que serían publicados con la firma de su cónyuge. Lo único que llegaría a publicar con su nombre serían sus *Memorias privadas*, inconclusas por el cumplimiento de su condena. Y de ellas recordaba mi madre otra cita, tan bella como la anterior, que

también retornó a su memoria aquel día, decía así: *la visión de una flor acaricia mi imaginación y halaga mis sentidos hasta un punto inexpresable, despierta en mí con voluptuosidad el sentimiento de la existencia.* ¿Acaso se le puede negar belleza y profundidad a esta reflexión? Fleury pensaba que no, y no pudo ahogar el llanto que oprimía su garganta cuando recordó estas frases pronunciadas por Manon desde una celda fría en sus últimos días de condena. Solo la consoló pensar que allí también tuvo la compañía de sus flores, tan queridas, y de sus libros. Los objetos que tuvo el privilegio de disfrutar en cautiverio y que consiguieron proporcionarle la poca felicidad que le quedaba por disfrutar.

Verdaderamente la existencia de Madame Roland estaba plasmada en cada rincón de aquella casa, en la profusa y exquisita selección de su biblioteca, en la elegancia de cada mueble y en el buen gusto en la colocación de cada objeto. Pero sobre todo en lo que todavía quedaba vivo: sus flores, sus plantas.

Cuando la doncella abandonó la mansión de los Roland, antes de cerrarla y sin saber cuándo volvería a entrar en ella, se cercioró de disponerlo todo con protección y cuidado. Los muebles cubiertos con sábanas para que el polvo no se acumulase en ellos. La ropa bien plegada en los armarios, salpicada de flores de lavanda para que conservara un buen aroma. Las plantas regadas y abonadas, la mayoría de ellas exhibiendo un cromatismo y luminosidad saludables. Sin embargo, reconocía que los días de ausencia habían sido suficientes para malograr el natural desarrollo en alguna de ellas. Por ejemplo en las azaleas que habían situadas a cada lado del escritorio de Manon, junto a la ventana. Estas plantas necesitaban ser regadas a diario para mantenerse vivas. Todavía lo estaban, probablemente la humedad de la casa vacía las había

protegido. Pero algunas flores y hojas estaban deterioradas, marchitas, sobre todo las primeras. Mi madre las colocó rápidamente en recipientes con agua para que bebieran toda la sed acumulada. Quizá pudiera salvarlas. Y este urgente pensamiento logró alegrarla y entristecerla al tiempo. Lo primero, por el bienestar que aún podía proporcionarles; lo segundo, porque hubiese querido hacer lo mismo con su señora y ya era imposible. A Manon le gustaba detener sus escritos contemplando el color rosáceo de las flores de las azaleas, nunca más volvería a deleitarse en semejante contemplación. Mi madre se preguntaba quién podría deleitarse a partir de entonces en la contemplación de las azaleas y de todas las otras plantas si de nuevo iba a cerrar la casa y esta vez para siempre. Tras la fatal muerte del señor y el acogimiento de Eudore- la única hija del matrimonio Roland- por parte de Jacques-Antoine Creuzé-Latouche, nadie habría de habitar ya aquella casa.

La pequeña apenas contaba doce años y ya se había quedado huérfana de padre y madre de una forma terrible. Su madre en el cadalso, después de unos largos meses de condena y una sentencia a todas luces más que injusta. Su padre arrebatándose la vida poco después de conocer la muerte de su compañera. De bien poco le sirvió huir de Paris al señor Roland y ocultarse en Rouen. Lo hizo obedeciendo el sensato consejo de sus amigos y también el de su querida esposa, fue ella la que más insistió en que se alejara de la capital y se escondiese fuera del alcance de sus perseguidores. Sin embargo ella prefirió quedarse en su lugar, sola, tangible, expuesta. Dos días después de su brutal muerte Jean Marie Roland vagó sin rumbo ni aliento por los alrededores de Ruan, incapaz de asimilar la trágica desaparición de Manon. Finalmente se detuvo

reposando su espalda en el tronco de un árbol y, ahí mismo, hincó con fuerza en su corazón el florete de su bastón, de tal manera que ya nadie consiguió separar con vida su cuerpo del árbol que lo había retenido. Sobre su pecho yacería con él un papel con sus últimas palabras: *al conocer la muerte de mi esposa he decidido no permanecer más en un mundo manchado de crímenes.*

Mi madre sería incapaz de juzgar aquella muerte, si honrosa, si orgullosa. Lo cierto era que conocía el dolor de aquel hombre, ese desgarró del alma destrozada, ese no poder soportar los desmanes del *Reinado del Terror* en sangre ajena pero tan cercana. Pero también conocía el dolor de aquella niña que se había quedado sola sin saber nada y sin remedio. Que la adoptara un compañero y amigo de su padre podría considerarse una suerte, pero no un alivio. Nadie podría hacer desaparecer en aquella criatura ese dolor impresentable, ese vacío inmenso e imprevisto. ¡Pero afortunadamente mi madre podría seguir criando a Eudore! Fleury tuvo suerte, desde bien joven, al comenzar a trabajar con Madame Roland, con Manon, que siempre la trató como si también ella fuera una dama, como a una persona, no como a una doncella – en lo que de servil tiene el oficio. La advertencia que el señor Phlipon le hiciera en los primeros tiempos no impidió que la hija la tratara como a una amiga, después de todo.

Poder criar a la hija de su amiga, tan bella y despierta como la madre, es lo que consolaría a la mía. Lo que la empujaría a cometer su gran osadía, sin pudor ni remordimiento. Llevarse de aquella casa silenciosa las dos azaleas. Y regresar por la tarde con otro criado para consumir aquel atrevimiento, depositando en la

carreta todas las macetas de Manon para trasladarlas a la nueva casa de Eudore y que ésta pudiera hacerlas revivir con su presencia y sus cuidados.

A los condenados a muerte por el Tribunal de la Convención les eran confiscados todos sus bienes. La mansión de los Roland no pudo ser disfrutada por su heredera, pero ésta, sin embargo, si podría disfrutar de unos de los bienes más preciados de su madre: sus plantas y sus flores. Nadie reparó en que tal legado –tomado en usufructo- pudiera considerarse un bien, ni material ni de otra índole. Y nadie lamentó su pérdida.